

Jorge López Páez

PAJARO SONAMBULO

*Pájaro sonámbulo, pájaro falso
pájaro abierto a pájaro y lodo
En mi recinto cede tu sueño
Allí te ablandas, te vuelves camposanto de palabras
Densa pesadilla que inhala en la mañana.*

Bien lo recuerdo: fue un miércoles al mediodía, cuando me dieron el mensaje. "Te habló Julio Guerra, de la Secretaría de Relaciones Exteriores." Pensé que tal vez deseaba leerme un nuevo poema, y me regocijé, pues yo tenía nada menos que dieciséis. El último lo había terminado después de la sesión del Centro Mexicano de Escritores. Varios de estos poemas ya los había sometido al juicio de mis amigos, pero la opinión que realmente me interesaba era la de Julio. Acaso no soy, aún ahora, el único que lo ha reconocido como el indiscutible maestro. Y si es cierto, como dice Julio, que la imagen es la poesía, casi siempre creo que soy más poeta que él. ¿No he logrado acaso —y sé que irrita a muchos— hablar como un gran poeta? Los hechos más vulgares, las situaciones más repetidas nunca las he nombrado. Las personas no habituadas a mí me estimulan: nunca entienden mi primera imagen, y es entonces cuando el caudal se desborda, no es una, ni dos, yo mismo me embriago, y la una me provoca otra, hasta que yo mismo me envuelvo, me cubro, me transformo en una sola, poderosa, única imagen. Ya ha ocurrido que mis interlocutores o desaparecen de mi vista, o me ven con asombro, no sé si de mi río poético o por su falaz incompreensión.

Decía que recibí el mensaje. Me acordé de muchas felices imágenes. Todo estaba cerrado, limitado: no podría hablarle a Julio Guerra. La tarde, la vasta tarde estaba de por medio, y la noche, la noche noche. Enrique y yo estaríamos en la vasta sabana deseosos de encontrar un bar donde abrevar nuestra sed.

Desperté ya muy entrada la mañana. Había visto a Enrique la tarde anterior y caíamos en una cantina, y fue como si el Rhin hubiera penetrado en nosotros, no tengo la menor idea de cuántas cervezas tomamos, ni de la hora en que llegué a la casa. Dio la feliz casualidad de que ese día no tenía que ir al Centro Mexicano de Escritores. La mirada azul del automóvil de la directora todavía me estremece, como si yo fuera el automóvil que no llena los requisitos para salir de la planta ensambladora. Nunca me han gustado los puritanos ni me gustarán.

El oro licuado bajó. No, así no está bien, quiero ser claro, no quiero volver a hablar ni siquiera en metáforas, por emplear ese lenguaje pasó lo que pasó, y este relato tiene por objeto esclarecer punto por punto lo ocurrido. El jugo de naranja me reconcilió con mis vísceras, con él apuré cuatro aspirinas, y cuando tomé mi café ya era otra persona. Entonces recordé el mensaje de Julio Guerra. Acomodé todos mis poemas —los que no conocía él— en un sobre

de papel manila, a mí siempre me han parecido los portafolios tan institucionales. Durante el trayecto a la Secretaría de Relaciones me dormí. El chofer ha de haber pensado que estaba medio borracho, pues tan pronto como descendí del automóvil me dí cuenta de que traía la corbata chueca, las puntas del cuello de la camisa mirando al cielo, la hebilla del cinturón por un lado, y la camisa se me salía con insolencia por un costado, precisamente en ese estado debí de haber llegado a mi casa la noche anterior. Procuré corregir todos estos desperfectos, pues apenas se pisa el Ministerio se siente uno consciente de que no pertenece al Servicio Exterior, por no vestir con la pulcritud y elegancia que las personas ahí acostumbran.

Me anuncié con la secretaria de Julio Guerra. Vi una pareja sentada con aire de extranjería, y pensé que yo tendría que esperar no sé cuánto tiempo. Me senté en un rincón, con la esperanza de revisar una vez más mis poemas, antes de presentarlos al ojo experto de Julio. Se abrió la puerta y apareció el subdirector junto con un señor muy apuesto, venían cargados de expedientes y con la seriedad de las personas que se ocupan de asuntos superiores. Al pasar frente a mí inclinó ligeramente la cabeza en señal de que me había reconocido, aunque Julio nos había presentado, cuando menos unas seis veces. En ese instante oí mi nombre, dicho por la secretaria, volví mi cabeza hacia donde estaba la pareja de extranjeros, pues inmediatamente se dirigió a ellos: "Señores Réaux... pueden pasar."

Yo no me levanté, creí que era una confusión, pero entonces la secretaria pronunció mi nombre de nuevo: "El señor director lo espera."

—Después de los señores —le dije indicándole con la cabeza a los extranjeros.

—No, lo espera en este momento.

Al entrar pude ver los abrazos que intercambiaban los extranjeros con Julio, y las exclamaciones consabidas.

—Octavio Carlos —me dijo Julio—, nunca has llegado más oportunamente.

Debó de haber hecho un gesto de asombro, pues continuó, dirigiéndose a la pareja.

—Este es el poeta del que les hablaba en París, —y en seguida me presentó con la señora, que se dedicaba a la escultura, y acto seguido con él: "Jacques de Réaux, el gran novelista."

Pájaro obstinado:

un vuelo más firme que el tuyo prevalece;

Poesía se llama

Odio saludable de amor le estoy diciendo;

Tiene que nombrarse.

Chacal de ojos azulados, cierva de ojos dulces. Moción de orden. He dicho que nada de metáforas. El, alto, de ojos azules, me miró en una forma que en ese momento no supe cómo

interpretar. Ella tenía unos ojos grandes, negros, que al encontrarse con los míos algo me dijeron. Tampoco supe qué.

Julio y ellos hablaron de los amigos comunes que tenían en París, de novelas, de poemas. La conversación fue sostenida en francés. Nunca he sido brillante con los idiomas, los leo, y los entiendo mejor que los hablo. Así que no me costó ningún esfuerzo escucharlos.

El teléfono empezó a repiquetear, y con gran discreción los Réaux anunciaron que se retiraban.

—En él —dijo Julio señalándome— encontrarán el mejor consejero y compañero para conocer a México. Ya saben que el sábado los espero a cenar.

Esta es una frase sobadísima, pero la empleo a sabiendas: “Para estrechar la amistad”, nos fuimos a tomar unas copas. Los inicié en los secretos y expansiones del tequila; después fuimos a comer a una fonda y continuamos bebiendo hasta muy entrada la noche. Quedamos en vernos al día siguiente.

Al despertar bendije al tequila. Mi francés había funcionado a la perfección (más tarde comprendí que quizás eso no era cierto), pues había hablado en la forma en que siempre lo hago. Los ojos de admiración de ellos, en algunas ocasiones, los atribuí a la extrañeza, que como dije antes, siempre despierta mi manera de expresarme.

No hubo sitio que no les mostrara, ni cantina —por supuesto de las que admiten mujeres— que no conocieran. Subimos a la pirámide del sol en Teotihuacán; nos arrodillamos en la Basílica de Guadalupe, pero para qué continúo. El sábado cenamos en la casa de Julio Guerra. Ya para entonces me sentía más amigo de ellos que de Julio. Jacques de Réaux me había obsequiado su mejor obra, un ejemplar numerado, de la *Cauda roja*. Y aunque yo había querido ser amable con él no había podido ni siquiera leer la chaqueta del libro.

Ella se llamaba Claretta, y parecía no cansarse ni de caminar, ni de preguntar, ni de hablar de su escultura. Cuando ella conversaba él permanecía en silencio, y lo mismo ocurría en el caso contrario. El matrimonio, según mi entender, funcionaba en la forma más perfecta. La curiosidad de uno era estimulada por el otro; la solicitud a cual más cuidadosa. Pero debo de volver a mi relato. Ya antes había dicho que habíamos agotado los lugares interesantes alrededor de la ciudad de México. Un viernes fuimos al mercado de Toluca: todo funcionó como en las otras excursiones, y al finalizar la jornada nos emborrachamos con el *Feu liquide*, como llamaban, para ese entonces, al tequila.

*Yo he visto tu vuelo negro sobre niños y monjas
Reflejado en los abismos de las ágatas
Allí he visto
cómo una larga constelación atribulada
brilla en la estela carbonizada de la sangre.*

A mí se me ocurrió que conocieran el trópico, sí el trópico. No ese que yo me imaginaba habían visto ellos en las litografías del siglo pasado: con árboles inmensos, con caravanas de mulos, y unos arrieros como los que aparecen en el Ballet Folklórico. Así pensé y repensé. Yo quería que vieran el trópico como realmente se da en algunas partes del Estado de Morelos y de Guerrero: la lujuria verde, como oasis, en medio de cerros secos y pelones. Me decidí por el Estado de Morelos, y el sitio elegido fue el Pájaro Sonámbulo.

Julio Guerra nos prestó un automóvil oficial. Le indiqué al chofer el sitio elegido, y él, me preguntó a mí con avidez: “¿Se van a pasar allí todo el día?”. Contesté afirmativamente.

—Qué bueno señor, pues unos cuantos kilómetros adelante vive mi familia.

Llegábamos a Cuernavaca cuando Jacques expresó: “Con este calor se antoja una cerveza.” Y cuando menos esperábamos el chofer nos indicó un bar.

—¿Va a ser una o dos? —me preguntó.

—Digamos dos.

—Entonces vuelvo en un cuarto de hora.

Pero como a los diez minutos nos habíamos tomado dos, pedimos la del estribo, y con puntualidad de un mexicano del futuro, el chofer se presentó al cuarto de hora señalado.

Había olvidado decir que en el automóvil Claretta venía a mi izquierda y Jacques a mi derecha. Mi cabeza se volvía a un lado para otro a fin de seguir la conversación. Debo admitir que cuando llegamos estaba un poco mareado. No se vaya a pensar que por las tres cervezas. Tengo la cabeza “bastante fuerte”, como dicen los compañeros de cantina.

El balneario estaba desierto. Solamente hallamos al cuidador, un muchachillo de escasos catorce años que se entretenía en jugar con un balero, pero con un desgano absoluto. Calculé que en una hora apenas habría hecho, a ese ritmo, unos treinta capirotes.

Cada quien se metió en una caseta a desvestirse. La mía estaba sin sacudir, y en el asiento vi la envoltura de un pan bimbo. Me entró una repugnancia desmesurada, pues en realidad sólo se trataba de un descuido de la administración. Con gran rapidez arrojé mis ropas, y salí a ver los grandes árboles.

Me senté al borde de uno de los estanques. Concebí seis poemas, que después formaron parte del libro titulado *Delante de las aguas cantan los hombres*. Súbitamente quedé ciego. Me vino el recuerdo de mi prima Agueda quien siempre solía taparme los ojos —tengo, para acabarla, una prima que así se llama—, permanecí sin decir nada, como las manos las sentí un poco rugosas —colegí que era por el cincel—, me atreví a decir:

—¡Claretta!, —las manos se aflojaron, me volví y hallé a una Claretta que jamás había entrevisto. Su piel era blanca y tersa. Un diminuto calzoncillo, casi un triangulito le ocultaba el sexo, y sus

senos —grandes, rotundos—, apenas cabían en una especie de pañuelito doblado. —Lo compré en Capri —me dijo al ver mi mirada— ¿te gusta?

Hablé como siempre hablo. Imaginé el modelo con que se iba a presentar Jacques.

—Ven, mira, vamos a echarnos allá en el sol —me dijo Claretta, al tiempo que me ofreció una toalla enorme. Fue entonces cuando le vi un termo enorme.

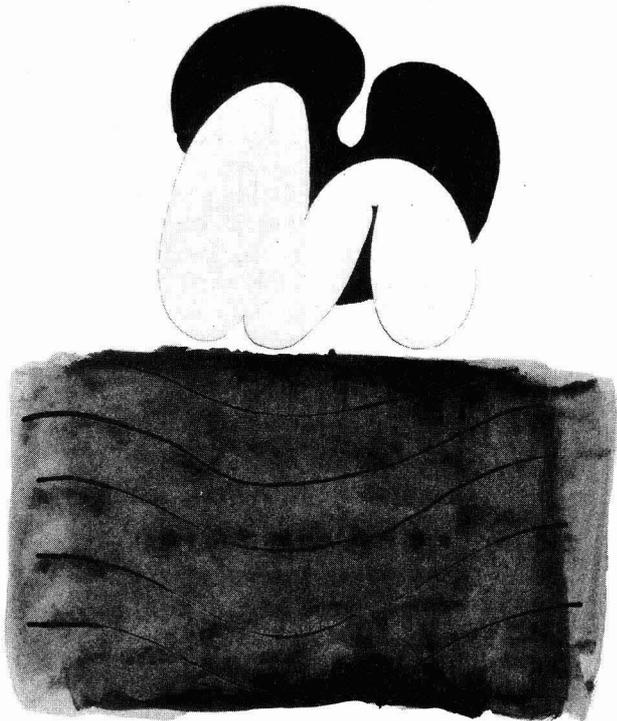
El sol tostaba. Le pedí a Claretta que extendiéramos la toalla en una parte medio soleada.

—Yo traigo algo para el calor —me explicó con gran seguridad, pensé que sería alguna crema antisolar. Luego se tendió en la toalla como si fuera una gata mimada. Enseguida se apoyó en un codo. Destapó el termo, sirvió en la tapadera del recipiente y me lo ofreció.

—¡Martini seco! —exclamé entre asombrado y jubiloso.

Los ojos de ella mostraron agradecimiento por mi manifestación de alegría. El martini estaba en su punto: seco, y con un remoto sabor a aceitunas.

Nos tomamos tres martinis. A mí la naturaleza siempre me transforma. Era yo un torrente de palabras, de imágenes, de metáforas. Ella esperó, con paciencia, a que terminara, siempre



atenta a mi discurso. Cuando éste languidecía, se acercó a mi lado, se volvió de espaldas, juntó su cuerpo al mío, y me dijo:

—Octavio Carlos, desátame el portabustos —me volví de un lado para otro. Jacques no estaba. El deshacer el nudo fue fácil, y entonces, colocada frente a mí, con aquel busto inmenso y blanco, que se estremecía a cada palabra que enunciaba.

—Octavio Carlos me gusta quemarme entera, y esto —señaló el diminuto portabustos— me deja unas manchas horribles, podrías imaginarte.

Miré de nuevo sus pechos. Y sin más, como si quisiera evitarme el que la mirara de reojo, lo que es bastante incómodo, se tendió en la toalla, con sus brazos en los costados.

En ese momento me repetí su frase: “Me gusta quemarme entera...” Contemplé el triangulito, y miré a mi alrededor, siempre temeroso de que se presentara Jacques. Hasta el muchacho encargado de cuidar había desaparecido. Claretta con toda seguridad había leído mis pensamientos, o para sopesar las dos posibilidades, había leído los míos, pues al volverme estaba completamente desnuda. Había entrelazado sus brazos bajo su cuello, y mostraba sus axilas perfectamente rasuradas. Con espanto busqué con mis ojos a Jacques.

Un ruido: algo había caído en la alberca. Los estridentes silbidos de los insectos. De nuevo el ruido, una, dos veces. Comprendí que eran mangos que se desprendían de los árboles. Jacques no aparecía. Me levanté de la toalla sin hacer ruido, para no despertar a Claretta. Abrí caseta por caseta. Bajé al río y caminé por la ribera durante bastante tiempo. Jacques no estaba. Regresé al balneario. El cuidador había desaparecido. De una casita cercana salía humo. Una señora estaba echando tortillas. Le ordené que nos preparara algo para comer. Creí distinguir en ella rasgos semejantes a los del muchacho encargado de la vigilancia. El calor era insostenible. Me metí en las aguas de la alberca sin hacer ruido. El agua, deliciosa. En ese instante sólo a una parte de ella la cubría la sombra del mango. Nadé como si lo hiciera en sueños: silenciosamente. No fuera Claretta a despertarse. En un momento en que me quedé contemplando el cielo, parado en el piso de la alberca y con las aguas hasta la manzana de Adán, me asustó el caer repentino, como si fueran cadáveres o una construcción de naipes, de una serie de cuando menos diez mangos. Salí desfavorido de la alberca y corrí hacia Claretta. Estaba vestida, —esto es, con el bikini puesto— y en la mano tenía la tapadera-recipiente del termo. Me miró, me contempló, me vio con una mirada maliciosa, como si creyera conocerme mejor que mi madre, y una leve sonrisa curvaba sus anchos labios. Esta actitud creí que se debía a mi precipitado llegar, a la turbación que me había producido el caer desafortunado de los mangos en la alberca.

—Ten —me dijo—, extendiendo hacia mí la tapadera-recipiente del termo. El martini lo apuré de un solo trago, y a mi vez estiré

la mano, y con un gesto silencioso, pedí el otro.

Me sobresalté al oír tras de mí la voz de Jacques: "¿Ya vamos a comer?"

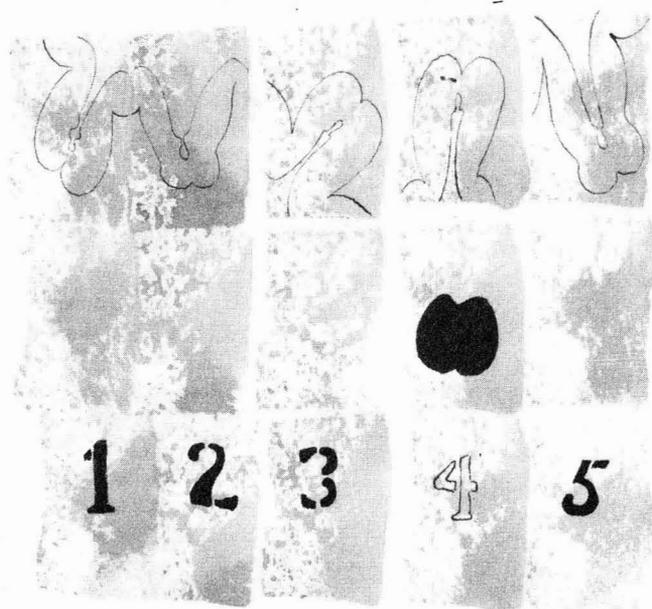
—No te vas a tomar antes unos martinis— respondió Claretta.

El rostro de Jacques no reflejaba nada. La misma atención hacia Claretta y el mismo comedimiento hacia mí.

Después de tomar otros martinis más que hambre tenía sueño. El calor total. Ni los insectos se hacían presentes. Con mucho esfuerzo los acomañé a la chocita donde comimos muy a la mexicana. Me imagino que mi discurso debió de ser desquiciante, yo mismo me sentí abstruso, y siempre he comprendido lo que digo y ese día no fue así.

Claretta y Jacques se quedaron discutiendo las diferentes luces mexicanas, que si la del Valle o que la del trópico. Recogí la gran toalla de Claretta, la tendí en un lugar sombreado, y me quedé dormido.

Vi, al despertar, a Jacques parado frente a mí. Hasta ese momento no me había dado cuenta de que tenía un reducido calzoncillo de baño de color rojo. Lo contemplé altísimo, en el pecho, sobre su pelambre negra se veía una cruz de canas, de tan perfecta, parecía teñida. Si yo hubiera sido supersticioso, cosa que no creo ser, hubiera pensado en un signo admonitorio, como si tuviera frente a mí a un nuevo Constantino.



Pensé que hablaba con Claretta, pero a medida que la pesadez me abandonó, comprendí que hablaba conmigo.

—¿Hace tiempo que me esperas Jacques?

—No, no hace mucho.

Yo ansiaba una cerveza, Jacques pareció adivinar mis deseos, por lo menos así lo creí.

—Hace tanto calor—dijo, y caminó hacia la choza del cuidador. Yo lo seguí entusiasmado, pero solamente caminó unos cuantos pasos, después viró hacia la derecha rumbo al estanque. Se detuvo precisamente frente a las gradas para sumergirse.

—Te estuve esperando aunque tenía tanto calor.

Lo miré estupefacto.

—Tenía deseos de bañarme. No sé nadar bien, y estas aguas sombreadas del estanque me traen asociaciones extrañas: monstruos. ¿Has oído del monstruo, inmenso, que aparece en un lago escocés?

Jacques había descendido tres escalones y el agua le llegaba a las rodillas.

—Ven —me dijo—. Yo debo de haber puesto durante esta escena una cara de asombro o de estúpido o de estúpido asombrado. Obedecí. Me tomó de la mano y él me guió a las profundidades, en vez de yo hacerlo como él me lo había pedido. Al llegar a donde el agua le daba al ombligo, soltó mi mano. Me agarró con las dos manos mi antebrazo izquierdo. ¿Y por qué suponía que yo sabía nadar? Yo nunca he sido bueno para los deportes. ¿A lo mejor tomó algún giro de mi habla como cosa cierta? En ese momento me atemoriqué. El suelo del estanque estaba resbaloso, el agua no era transparente. Pisé un mango, que ya ha de haber estado maduro, y me dio la impresión de haber aplastado a un sapo. Di un paso más, el agua apenas nos llegaba a las tetillas. Resbalé. Me invadió un terror desorbitado. Me desligné de las pinzas de las manos de Jacques, y con precipitadas brazadas gané la orilla. Me imagino, porque para decir la verdad no lo vi, que Jacques perdió el equilibrio también, pero él llegó a la otra orilla nadando con una perfección que se manifestaba en no hacer ningún ruido el bracear.

Me tiré en el pasto, y una ligera tos me comenzó a molestar. Una mano, por supuesto que era la de Jacques, principió a darme palmaditas en la espalda, y con una voz, en extremo solícita, me dijo:

—¿Tragaste mucha agua? Debe de tener muchas amibas y parásitos, cuando llegemos a México te voy a dar (y dijo el nombre del medicamento), sirve para prevenir estas plagas que os azotan.

Para verlo, y porque las palmaditas me provocaban más tos, me volví. Jacques estaba sentado sobre sus piernas, como lo hacen los japoneses. Con asombro vi que acercaba su mano a mi rostro.

—Todo estás lleno de hojitas muertas —quitó las de mi cara, y

luego siguió con las del cuerpo, pero sus dedos eran torpes, pues sentía sus dedos, como si me pellizcaban en el pecho, y sobre todo en las tetillas. De repente me di cuenta de que él también tenía hojas. Me enderecé, y principié a quitarle las que tenía en la cruz blanca del pecho. Jacques sonrió complacido por mi solicitud, pero a medida de que yo continuaba con mi tarea, su risa se había convertido en pequeños gritos, como de niño de dos años al que se le hacen cosquillas. El, para ese entonces, había dejado de quitarme los restos vegetales. Pensé en Claretta e interrumpí la tarea. Me volví a todas partes. Nadie. (No sé cómo puede sostenerse ese balneario: es un desierto.)

A Jacques le sorprendió mi actitud.

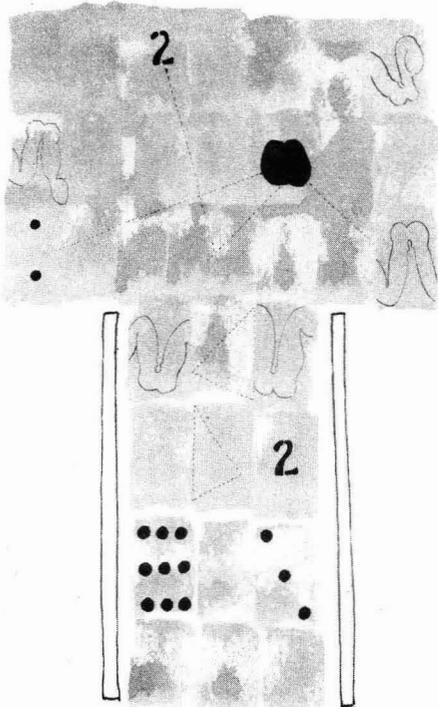
—¿Qué pasa?

Y no supe qué contestarle. Su rostro era la tranquilidad misma, después de los momentos de paroxismo.

Nos quedamos en silencio. Los mangos seguían cayendo en el estanque, dejando oír su ruido sordo. Jacques poseía poderes adivinatorios muy poderosos. Dije antes que tenía mucha sed. El agua que tragué del estanque no había sido lo suficiente para calmarla.

—Vamos a tomar una cerveza —invitó Jacques.

Hallamos al cuidador en una chocita. Presto nos destapó unas sabrosísimas cervezas, que me quitaron el sabor de cieno. Y a las



primeras siguieron las segundas, terceras y creo que cuartas. Sin despedirnos del muchacho salimos de la choza, pues a decir verdad yo todavía tenía mucha sed. ¿Y por qué salimos? Algo dijo Jacques y yo lo obedecí. Bajamos al río. Por fin Jacques quitó su brazo de mis hombros, al hacerlo se oyó un ruido como el de la cinta de celulosa scotch cuando se desprende. Y acto seguido se bajó el calzón de baño. Pensé que iba a hacer una necesidad fisiológica y me volví al lado contrario. ¿Y Claretta?

—¡Ah la nature! ¡La nature! —exclamó.

Extasiado miraba hacia los cerros, y como ellos desnudo.

—¿No te vas a quitar tu calzón de baño? —me preguntó.

—¿Para qué? Pueden vernos.

—No hay nadie.

—No sabes lo que es sentir el contacto en todo el cuerpo del agua.

—Yo siempre me baño en tina.

—No, no Julio Carlos. No es igual y con esta temperatura y esa agua. Anda.

Obedecí.

Jacques me miró como si contemplara un cerro. Recordé el accidente en el estanque y tuve miedo.

—Cada quien por su lado —advertí.

—Aquí el agua está muy clara y la poza no es muy honda. Tú no dejarás que se me eche a perder este momento. Te dije antes que cuando estoy solo dentro del agua siempre pienso en monstruos.

Me convenció. El agua estaba deliciosa. Cuando el agua nos llegó a las tetillas sentí mucho alivio: Jacques había dejado de agarrarme el brazo.

Por un momento gocé del agua, pero luego sentí en mi sexo la mano de Jacques. Creí que se había equivocado, en vez del brazo. . . Me atreví a decir, para no ofenderlo:

—Mi palomita.

—Palomón.

Así creo que fue en francés:

—*Ma petite colombe.*

—*Mais no: un gran pigeonneau.*

Y antes de que fuera a remontar el vuelo dije:

—Con permiso Jacques, voy. . . —Y no supe qué agregar. Salí a la playita del río. Nunca he sentido tanto pudor como en ese momento. Metí mis piernas precipitadamente en el calzón de baño. Busqué a Claretta: el mismo desierto. De repente Jacques, sin ningún pudor estaba junto a mí, sin haberse puesto el calzón de baño.

—¡Una cerveza! —exclamé como si hubiera encontrado algún tesoro.

—El agua está más sabrosa —contestó muy convencido Jacques. Y yo, sin ninguna razón, atravesé el río. Oí tras de mí el

chapoteo de los pasos de Jacques. No me volví. Me interné por el bosque de ahuehuetes. El ruido de las ramitas delataba la marcha de Jacques. Vi un sendero que conducía a un cerro. Tomé un ritmo apresurado para la ascensión, mis pasos no eran firmes, debido a las piedras del sendero. Al llegar a la cumbre contemplé el paisaje y no me atreví a ver hacia el río. Mi respiración se fue calmando, lo que me permitió oír los pasos de Jacques. Venía como un peregrino: lleno de polvo con su gran cruz blanca en el pecho, y el sudor, como si fueran lágrimas cafés, había dejado surcos en el rostro y en el cuerpo. El sol rojo, quemaba.

Jacques se tendió en aquel suelo candente. La cruz blanca de su pecho era perfecta. Unos zopilotes, en lontananza, daban vueltas y vueltas. Tan pronto como la respiración de Jacques logró su ritmo habitual empezó a hablar sobre las fusiones: de cómo todo era una fusión de la naturaleza, desde el átomo hasta el hombre. Al volverme lo encontré sentado, a la manera de un yoguín. Continuó hablando, nada había mejor que el ayuntarse en plena naturaleza, no acaso todo invitaba a hacerlo, y todo sería mejor si fuese a la sombra. Pensé que desvariaba. Para no ser descortés dije varias cosas sobre la naturaleza. Los ojos de Jacques delataban el regocijo del evangelista que ha conquistado a su causa a un pagano.

Descendí a muy buen paso. Tras de mí oí los trastabillazos de Jacques y unos grititos cada vez que tropezaban sus pies con alguna piedra, y había tantas. La espesura de los ahuehuetes fue refrescante en extremo. Venía yo tan asoleado y sudoroso que se me antojó echarme. Me acordé de Jacques y apresuré mi paso. Atravesé el río. Subí la cuesta y corriendo llegué a la choza del cuidador. Me había tomado dos cervezas cuando se presentó Jacques. Pidió una cerveza. No me dirigió la palabra y salió de la choza. Yo permanecí en la choza el tiempo necesario para tomarme otras dos cervezas.

Luego ocurrió como en el teatro después del último telón: oí el claxon del automóvil de la Secretaría. Corrí al casillero a vestirme. Salía cuando hallé a Claretta que se anudaba un pañuelo de brillantes colores en la cabeza. Jacques estaba junto a la puerta a nuestra espera. El cuidador, con una sonrisota estaba junto a él. El chofer, con el pelo húmedo, como si terminara de bañarse, nos ofreció a cada uno una hermosa naranja.

Nos instalamos en el automóvil en forma distinta. Claretta se sentó en la ventanilla derecha, Jacques en medio y yo del otro lado.

Claretta peló su naranja con gran delicadeza. Mientras la comía elogió el regalo del chofer. Yo le ofrecí la mía, pero no se volvió, creí que no me había oído. Mas tarde Claretta y Jacques se pusieron a hablar, yo lancé un comentario, pero tampoco fui oído. Terminaron esa plática. Me dirigí a Jacques y no logré ninguna respuesta, como si les hablara desde el sueño, yo para ellos no existía, era un fantasma, estaba en otro mundo. Me dormí un

ratito. "Buenos días", dije olvidando su falta de formas. No me contestaron. Y sin cambiar palabra llegamos a la ciudad de México después de las ocho de la noche. Como mi casa está muy próxima a la carretera de Cuernavaca el chofer me condujo, primero, a mí. Le di las gracias y las buenas noches a Jacques y a Claretta, a cada uno por su nombre. No parpadearon. Los vi pasar frente a mí, con sus cuellos en alto mirando hacia adelante.

*Todo lo puedes, oh pájaro sonámbulo
contra la lejana lentitud
La esperanza y sus poderes
te vuelven celeste-extraño
Turbio humo que corona la mañana.*

Creo que mi relato es coherente. No he empleado ni una imagen, y quizás solo una o dos metáforas. A veces creo que ellos no entendían mi forma de expresarme, en otras ocasiones se me ocurre una interpretación diferente. . .

Olvidaba decir que los volví a hallar en la casa de Julio Guerra y en un cocktail en el Fondo de Cultura Económica; ni Claretta ni él me miraron.

